



silla de pista

ROMANCE DE LA VOLADURA DEL «MADRID»

Buena es la buena memoria, mejor el entendimiento. Es un caso muy famoso el que relatarles quiero. Si consienten escucharme nada perderán con ello; antes saldrán gananciosos, que es cosa de mucho ejemplo. En Madrid, día veinticuatro de abril, un martes por cierto, hacia las tres de la tarde se escuchaba un gran estruendo. En el cruce de Pardiñas y Maldonado, al momento, se desploma un edificio con estrépito en el suelo. Es el final de una historia que aquí contarles no puedo, pues no cabría en los límites de este romance moderno. Harto lo sabe en España el más sabio y el más lerdo; mucho sobre ello se ha escrito y se ha hablado mucho de ello. La dinamita está ahí y el diario «Madrid» está muerto; no me pregunten, señores, quién sea el dinamitero, que la cosa está en litigio y yo en pleitos no me meto. En boca que está cerrada no entran moscas, según creo. Mas sigamos con el caso que aquí a relatarles vengo. Tras el cierre del «Madrid», que decretara el gobierno, como el lector muy bien sabe, hace ahora un año y medio; después de vicisitudes que de comentar me abstengo; a fin de satisfacer, como es justo y debe serlo, deudas que la empresa tiene con empleados y obreros, véndese la propiedad a una inmobiliaria luego. Se proyecta en el solar un bloque de apartamentos. El «Edificio Madrid» se llamará, si no yerro. Ya la piqueta comienza a derribarlo por dentro. Yacen papeles y enseres esparcidos por el suelo. Estuve yo allí una tarde y me daba pena verlo, con las puertas reventadas y los tabiques deshechos. ¡Pensar que aquí trabajaban tantos buenos compañeros...! Mas la piqueta no basta para el derribo propuesto. Hoy las ciencias adelantan, señores, que es un portento. Existe una nueva técnica, un nuevo procedimiento,

introducido en España hace poquísimo tiempo, que permite un edificio derribar en un momento, colocando en las columnas potentísimos barrenos, con tal arte que la mole se desplome para adentro, causando el mínimo estorbo el magno derrumbamiento. Y es el caso que la empresa que explota el sonado invento, deseosa de lucirse con los novísimos fuegos, ha arrendado las terrazas de un edificio frontero y ha convidado a la Prensa con un Saluda al efecto, para que los periodistas, desde el reservado puesto, vean el trágico fin del edificio señero. Les ofrecen una copa por agasajo o consuelo. En la calle se reúnen, a contemplar el suceso, muchos amigos del diario, que expresan su sentimiento, curiosos y espectadores se cuentan allí por cientos. Cinco toques de trompeta preceden al estruendo. A las tres y cuarto en punto cae el «Madrid» con estrépito, poniendo la dinamita colofón a aquel decreto que le privó de la vida hace ahora un año y medio. Una gran nube de polvo invade el espacio entero. Retroceden los curiosos, la gente sale corriendo. ¡Había que ver los guardias la guerrera sacudiendo! Buena jugada les hizo el periódico cayendo entre una nube de polvo que empolva al mismo gobierno. La Prensa del otro día glosa el acontecimiento. «ABC», «Ya», «Informaciones» se lamentan de este hecho. En atinados artículos al colega despidieron. Mas los gubernamentales el espectáculo dieron. «Nueva —titula el "Arriba"— técnica en derrumbamientos». Poco dice «Nuevo Diario» y «El Alcázar», muy escueto, con siete líneas despacha este tremendo suceso. El que se lleva la palma es, sin duda, el diario «Pueblo». Publica en primera página, muy traída por los pelos, una foto de Pujol, fundador, en otro tiempo, del diario dinamitado, que ahora no venía a cuento, y con un pie necrológico que uno lloraba leyéndolo, lleno todo él de elogios póstumos, y de improprios para la empresa que vio del diario el derrumbamiento, del martes día veinticuatro, en el trágico estruendo.

LUIS CARANDELL